

dia 12, Rodrigo, natural de Triana, y marinero á bordo de la *Pinta*, vió relucir á la luz de la luna una playa arenosa y llana, á una distancia de solo 2 leguas marinas.

Un cañonazo anunció el feliz suceso á los dos otros buques, y apenas amaneció vieron todos delante una hermosa isla cubierta de verdor.

La travesía desde las Canarias habia durado 32 dias.

Extasiado y con los ojos brotando lágrimas de alegría entonó Colon el cántico *Te Deum laudamus*, y todos sus compañeros de viaje hicieron coro, le rodearon y felicitaron. Desgraciadamente tiene la historia que registrar el triste hecho de que el héroe poco antes tan maldecido y ahora obsequiado negó al marinero Rodrigo que habia tenido la suerte de ver el primero la tierra y dar la voz, la recompensa concedida por el rey, quedándose con ella bajo el pretexto de haber visto horas antes la luz de que arriba hablamos. En efecto, á su tiempo cobró los regalos y la renta, conducta que solo puede atribuirse á una baja codicia, pues que la ambicion de la gloria de haber sido el primero que vió la tierra no se veia mas satisfecha con la cobranza del premio.

Los comandantes de los buques entrando en lanchas tripuladas por gente armada, y con banderas desplegadas, que ostentaban una cruz verde y las iniciales de los reyes católicos *F é I*, saltaron en tierra, prosternáronse y besaron el suelo de la primera isla que habian encontrado y que Colon llamó San Salvador, consagrándola así como primicia al Salvador del mundo. En el idioma de los indígenas se llamaba Guanaham ó Guanajani.

Los indígenas, de tez oscura, acudieron y rodearon curiosos é inofensivos á los extranjeros que les parecian haber salido del mar. Iban completamente desnudos y solo algunas mujeres llevaban una especie de mandil de hojas, yerba ó algodón. Colon, para atraerlos, repartió entre ellos algunos dijes insignificantes, perlas de vidrio, agujas y cascabelillos. Ninguno de ellos llevaba armas y como se parecian en el color á los naturales de las Canarias, no dudó Colon que la isla descubierta se hallaba en la misma latitud de la de Hierro, porque entonces era principio admitido que en una misma latitud, los hombres tenian el mismo color, y cuanto mas próximos al Ecuador era mas oscuro. Algunos isleños estaban pintados de negro, rojo ó con líneas blancas en la cara ó en todo el cuerpo. Su cabello era negro y lacio; y algunos llevaban adornos en las narices.

No tardó en establecerse entre ellos y los españoles un tráfico provechoso para estos que con fruslerías adquirieron algunos pendientes de oro; y preguntando por señas á los indios (porque así los llamó Colon ya al cuarto dia) de dónde procedia el oro, señalaron en direccion Sudoeste, de donde infirieron los españoles que debian existir otros países en la proximidad, porque las embarcaciones que usaban los isleños, y que manejaban á fuerza de remo con una habilidad y rapidez sorprendentes, no podian servir sino para excursiones de poca distancia, entre islas vecinas ó algun continente muy cercano. Esta suposicion fué confirmada por los isleños á medida que se fueron entendiendo mejor unos y otros, dando además á conocer con sus gestos enseñando cicatrices, que la isla era á veces objeto de ataques de tribus enemigas que venian de otra parte.

6.—Situacion de Guanahani ó San Salvador.

Antes de continuar nuestra narracion del viaje de la escuadrilla expedicionaria, es necesario saber cuál fué la isla que Colon y sus compañeros pisaron primero, y su verdadera situacion. A pesar de la importancia histórica del sitio donde por primera vez la humanidad del mundo antiguo se halló

frente á frente de la del Nuevo Mundo, ha de confesar la ciencia ruborizada que no puede fijar con pruebas indiscutibles la situacion exacta de la isla que Colon bautizó con el nombre del Salvador, y que los indígenas llamaban Guanahani. El resultado de todas las investigaciones no pasa de ser una verosimilitud mayor ó menor segun las opiniones. Es indudable que la expedicion arribó á una de las islas llanas y rodeadas de arrecifes de coral que forman el tercer grupo del archipiélago americano, conocidas generalmente por Islas Lucayas ó de Bahama.



Armadura de Cristóbal Colon

El grupo de las Lucayas se compone de 12 islas mayores y mas de 600 menores sin contar millares de peñas aisladas y arrecifes que forman como una banda de mas de 1,100 kilómetros, extendida delante de las Antillas en direccion de Sudeste á Nordeste, desde el Norte de Haití hasta la península de la Florida. A pesar de tan enorme extension no llega la superficie total de estas islas, grandes y pequeñas, á la del reino de Sajonia (que no llega á la de dos provincias medianas de España). Todas estas islas deben su existencia á corales construidos sobre mesetas ó bancos de arena submarinos, y cuya altura no pasa en ningun punto de 60 metros. Como la mayor parte está además rodeada de arrecifes y bajos coralinos, solo puede navegarse en este archipiélago empleando la mayor atencion. Algunas costas presentan rocas bajas calcáreas; muchas islas están cubiertas de verdor y algunas hasta tienen bosques, pero faltan manantiales de agua dulce; los estanques y lagunas que se encuentran en algunas, tienen agua salobre, porque se comunican por debajo con el mar. Las maderas que producen muchas representan un valor no despreciable, pero nada tienen ni tenían que hubiese podido satisfacer á los españoles que solo buscaban oro y especias. En vista de esto, solo permaneció Colon algunos dias en cada una de las mayores, y pasando á lo largo de los arrecifes y bancos coralinos con la mayor prudencia, hizo rumbo al Sudoeste adonde habian señalado todos los indios siempre que eran interrogados sobre la procedencia

del oro, único deseo y objeto de los afanes del descubridor, según se ve por las notas de su diario correspondientes al 15, 16, 19, 22 y 27 de octubre y 4, 5, 6, 12 etc. de noviembre. Como las islas Lucayas no podían satisfacer este deseo y era además peligrosa la navegación por sus inmediaciones, no fueron visitadas en adelante por los españoles, excepto cuando querían apoderarse de los habitantes para venderlos como esclavos. Por eso se olvidó luego cuál de estas islas fué la de Guanahani ó de San Salvador; bien que, conforme se comprende fácilmente, se ha de buscar la razón principal de esta incertidumbre en la poca instrucción astronómica y teórica del descubridor. Colon, á pesar de todo, se había propuesto al empezar su viaje trazar un mapa de los territorios que descubriera, pero después se abstuvo de trazarlo y ni siquiera lo vuelve á mencionar. En todo su diario no se encuentra ni un solo cálculo de latitud hecho en la travesía, y los que pretendió haber hecho en América son tan erróneos que en su mismo tiempo excitaron las dudas de los prácticos. Basta saber respecto de esto que calculó para la costa de Cuba 42° de latitud en lugar de 21°; y es que Colon, aunque hombre de grande é indisputable mérito, tenía muy pocos conocimientos científicos de Náutica; de suerte que lo dicho deshace completamente la asercion de haber estudiado Colon en la universidad de Pavía, asercion divulgada primero por el autor de la *Vida del Almirante*, porque en ninguna universidad le podían haber enseñado que la latitud geográfica de un lugar se calcula por la duración del día, como la calculó Colon el 13 de diciembre por ejemplo, á juzgar por su nota del diario, y como solo podía calcularla un empírico ignorante.

Resulta pues que Colon no dejó dato alguno cierto para fijar geográfica ni astronómicamente la situación de su isla de San Salvador, y esto explica la diferencia de tres grados que ofrecen las opiniones de los historiadores de este viaje.

Se ha de ver, pues, si es posible determinar por medios indirectos la isla en que tocó Colon por primera vez en su viaje á América. Desde luego conviene, como se comprende, consultar las cartas marinas mas antiguas de aquel archipiélago; mas en ellas nos hallamos con la dificultad de que ninguna isla lleva el nombre de San Salvador, ni hasta muy entrado el siglo XVII ningun otro nombre de isla dado por Cristóbal Colon. La mas antigua carta de marear, hecha por el año 1500 por un compañero de viaje de Colon, el vasco Juan de la Cosa, solo llama las islas por su nombre indígena, y entre ellas figura la de Guanahani; pero cabalmente en este punto es tan inexacto el mapa, que el capitán inglés BECHER en su obra *The Landfall of Columbus*, Londres 1856, dice que este documento antiguo no merece el nombre de mapa. Los cartógrafos posteriores tampoco se cuidaron de ser exactos respecto de las Lucayas por considerarlas de casi ningun valor, y Pedro Mártir, después de describir minuciosamente las Antillas, juzgó inútil entrar en detalles respecto de estas islas coralinas, porque los españoles las habían abandonado por pobres donde á lo mas podía vivirse de la pesca y del cultivo de la tierra (1).

Tampoco puede acudir al recurso de inquirir entre los habitantes del archipiélago cuál isla es la de Guanahani, nombre dado por ellos mismos en su idioma, el cual aunque hubiese experimentado en el transcurso del tiempo modificaciones, debiera dar alguna luz sobre el nombre y la isla; pero resulta que desde mas de dos siglos y medio está completamente extinguida la población primitiva, por haberla exterminado

(1) *De rebus oceanicis*. Dec. III, lib. 9, p. 308. De insulis autem, que Hispaniolae latus septentrionale custodiunt, mentionem praetereo, quia licet piscationibus et culturis aptae sint, relictae tamen sunt á nostris tamquam pauperes.

los españoles, los cuales no hicieron en esto mas que seguir la opinion del mismo Cristóbal Colon, que escribió en 13 de octubre en su diario: «Esta gente de excelente índole ha de dar esclavos muy buenos,» y que al marcharse de la isla se llevó varios habitantes á la fuerza «para que aprendan, decia, nuestro idioma y puedan informarnos sobre su territorio.» Después la reina Isabel consagró oficialmente la caza de americanos indígenas con su edicto del 30 de octubre de 1503 (2), permitiendo apresar y vender los caníbales, enemigos de sus súbditos de las Indias occidentales; y cinco años después autorizó á una compañía española para capturar también á los habitantes de las Lucayas, tan inofensivos como poco numerosos, para poder convertirlos mas fácilmente al cristianismo. El resultado fué que ya en 1525 solo se pudieron encontrar en todo aquel archipiélago lucayo 11 indígenas que hizo reunir y llevar á Haití el piadoso padre Pedro de Isla para salvarlos de sus compatriotas. Desaparecida pues la raza, no queda ya quién pueda dar noticias sobre la isla de Guanahani.

En vista de todo esto, los historiadores modernos han apelado al único recurso que quedaba, á saber: el diario de Colon, para reconstruir por sus datos los derroteros y distancias, rectificando los resultados obtenidos comparando las localidades así fijadas con la descripción que hizo de ellas el descubridor. Este trabajo es, según hemos dicho, difícilísimo, ya por las omisiones de los relatos de Colon, ya por sus juicios equivocados, ya por la poca precisión del lenguaje; todo lo cual ha dado lugar á grandes divergencias de opinion entre los autores, que se encuentran indicadas en el mapa del archipiélago lucayo, sacado de un mapa hidrográfico del almirantazgo inglés.

Cuatro son las islas en que se han fijado los críticos; á saber: la de Cat, Watling, Mariguana ó Mayaguana y Turk, contándolas en la dirección de Noroeste á Sudeste, y por este orden examinaremos ahora las razones en que se fundan los críticos respectivos.

El norte-americano Irving en su *Historia de la vida y de los viajes de Cristóbal Colon*, y el alemán Humboldt, quieren que el descubridor desembarcara en la isla que hoy se llama Cat; el eminente historiador español Muñoz en su *Historia del Nuevo Mundo*, y el capitán inglés Becher, designan la isla de Watling; el alemán Varnhagen en su obra: *La verdadera Guanahani*, publicada en Santiago de Chile en 1864, se decidió por Mariguana, y Navarrete está en favor de las islas de Turk. Esta última opinion no tiene hoy ya partidarios, y con razón, porque no responden estas islas de Turk ni á la descripción que Colon hizo de Guanahani ó San Salvador en su relación, ni al curso de la expedición después de partirse de la isla que conoció primero.

Contra la opinion de Irving y Humboldt hay el hecho de que Colon escribió en su diario que dió la vuelta por el lado Norte de San Salvador, y admitiendo que fuese la isla de Cat la que en los mapas españoles y alemanes suele llevar los dos nombres de Guanahani y San Salvador, según se verá con poca razón, habría recalado solo en su extremo meridional, pues que así lo exigen el rumbo anterior y el posterior á su llegada, sin contar que en este supuesto la expedición, hasta llegar á la costa septentrional de Cuba, debió seguir á lo largo de la costa occidental de la isla Long por un medio de todo el gran canal de Bahama, donde en muchos puntos la profundidad del agua apenas pasa de 2 metros.

Muñoz designa, como Becher, la isla de Watling; pero el primero no funda su opinion en razones, contentándose con emitirla simplemente como hace respecto de la identidad de

(2) Véase NAVARRETE, tomo II, ed. 2.ª, pag. 460.

las demás islas que visitó Cristóbal Colon, mientras Becher aduce pruebas en favor de su suposición; de suerte que solo nos falta examinar las razones de este último y las de Varnhagen. Ambos han estudiado cuidadosamente las notas del diario de Colon y cada uno las ha utilizado á su manera á favor de su hipótesis. No puede negarse que Varnhagen tiene para la suya razones de gran peso, y que especialmente su trazado del rumbo intrincadísimo de la expedición entre San Salvador y las islas coralinas próximas, corresponde muy bien á las anotaciones de los navegantes, lo mismo que á los rumbos generales, pero dos grandes objeciones se oponen á la adopción de esta opinion; la primera es que todos los mapas mas antiguos, incluso el de Juan de la Cosa, señalan la isla de Mayaguana, que para Varnhagen es la verdadera Guanahani ó San Salvador, al lado de esta última; es decir, al Sudeste; y aunque los perfiles de estas y de otras islas en estos mapas no pueden pretender ninguna exactitud, no deja de ser evidente que todos aquellos cartógrafos consideraron siempre á Guanahani ó San Salvador y á Mayaguana como dos islas distintas. La segunda objeción es que no se adapta á Mayaguana la descripción que Colon hizo de San Salvador, mientras se adapta perfectamente á la isla de Watling que proponen Muñoz y Becher, y es preciso confesar que este último tiene razón cuando dice que tanto la situación como la descripción del diario de Colon se aplican perfectamente á la isla de Watling, mientras que no pueden aplicarse á ninguna otra; porque «esta isla, dice Colon, es bastante grande, enteramente llana, tiene muchos árboles, mucha agua y en el centro un lago y ninguna montaña.» Se ve pues que respecto del agua se limitó Colon á decir que era abundante y no dijo nada de si era potable ó no, como han querido suponer algunos.

En lo que sigue admitiremos pues la isla de Watling como la verdadera Guanahani de los indios ó la San Salvador de Colon, sin perjuicio de que nuevas investigaciones modifiquen esta opinion.

7.—La navegación por el Mar de las Antillas

Desde San Salvador se dirigió Colon hacia el Sudoeste, tocó en la pequeña isla de Cayo Rum y llegó al extremo septentrional de la isla Longa ó Larga, á la cual llamó Santa María de la Concepción. Al Oeste de esta encontró una tercera isla, la Grande Exuma, á la cual llamó Fernandina en honor del rey. Impedido por vientos contrarios de dar la vuelta á la isla, volvió á la anterior cuyo lado oriental siguió en dirección Sur hasta el Cabo Verde, desde el cual los tres buques fueron cada uno por su lado en busca de Saomet ó Samaot, nombre que los indígenas pronunciaron cuando se les preguntó por la procedencia del oro que llevaban. Después de tres horas de navegación apareció otra isla, que era Saomet, y que hoy se llama Crooked en inglés, porque tiene forma de gancho; pero que Colon bautizó con el nombre de Isabela en honor de la reina. Esta isla no se diferenciaba de las demás; estaba cubierta de hermosos bosques y tenía algunas colinas. Mientras los buques, que se habían vuelto á reunir en el extremo Noroeste de la isla, cruzaban á lo largo de sus costas, recibió Colon noticia cierta de una isla grande situada mas al Sur, y que los indígenas llamaban Colba (Cuba). Colon creyó que era Cipango, y el 24 de octubre dirigió el rumbo hacia ella, proponiéndose pasar de allí directamente á Quinsay en China, para entregar al Kahan ó emperador las cartas del rey de España. Estaba tanto mas convencido de que tenía delante de sí la isla maravillosa de Cipango, cuanto que en el globo y en los mapas que llevaba estaba señalada en aquellos parajes. Así en su diario escribió

en 24 de octubre sobre la isla de Colba: «Es la isla de Cipango de que se cuentan cosas maravillosas; y en las esferas que yo ví y en las pinturas de mapa-mundos es ella en esta comarca.»

Primero tomó rumbo al Sudoeste y después de haber echado anclas por la tarde del 26 de octubre y pasado la noche en los bajíos del banco llamado de Colon, dirigióse al Sur. Al anochecer se divisó la tierra, pero estando lloviendo copiosa y fuertemente, fué menester aproximarse con mucha cautela, y el 28 penetraron los buques en un río magnífico que desembocaba en la costa septentrional de Cuba, y sería probablemente el puerto de Nipe. En Cuba le extasiaron las palmeras majestuosas que encontró, diferentes de las africanas, pero aunque describió entusiastamente la magnificencia de las islas que hasta entonces había descubierto, no tenía reposo; porque lo que buscaba eran cargamentos de oro y especias para sus buques. Los indígenas dijeron que en 20 días se podía dar la vuelta á Cuba, que de consiguiente había de ser una isla; pero no era entonces la China ni había allí la gran ciudad de Quinsay, ni la corte del Kahan ó emperador. El capitán de la *Pinta* opinó que Colba ó Cuba debía ser solamente una ciudad y el país que tenían delante una parte del Asia; la comarca mas al Oeste debía pertenecer ya al imperio del Kahan, y como Colon no deseaba otra cosa, se dejó convencer y escribió en su diario: «Cuba es el continente asiático; estamos delante de Quinsay y Zaiton que distan cosa de 100 leguas.» A esto observa Las Casas que no entiende este embrollo; pero hay que tener presente que Colon creyó haber dejado atrás á Cipango, y que entre este reino y la China había la distancia de 100 leguas, porque así lo indicaba la carta de marear de Toscanelli, como se ve en el globo de Behaim, construido por el mapa del sabio de Florencia.

El capitán de la *Pinta*, Martín Alonso Pinzón, tuvo también sus razones para creer de buena fe que el país donde estaban pertenecía al continente asiático; porque los indios que llevaba á bordo para que enseñasen los criaderos de oro contestaban á todas las preguntas y señas que se les hacían en este sentido, con la expresión: *Cuba-nacan* que en su idioma significaba: *el centro de Cuba*; pero que los españoles tradujeron por Cuba-Khan, ó sea el Khan ó rey de Cuba. También usaban los indios inofensivos y tímidos de las islas pequeñas el nombre de *Caniba* para designar á sus vecinos feroces, que se comían á los prisioneros que hacían; y Colon entendió que *caniba* significaba *súbditos* del Khan.

Otro dato que confirmó á Colon en su creencia de tener delante el Asia, se encuentra en la observación extravagante que apuntó allí en su diario, «de no haber encontrado todavía sirenas», y hay que saber que en el globo de Behaim, entre las islas trazadas al Oeste de Cipango, es decir, cerca de China, se encuentra una leyenda que el mapa de Toscanelli debía de tener también, y que dice así: «Aquí se encuentran muchas maravillas marinas, sirenas y otros peces.» No puede dudarse que Behaim copió muchas de sus inscripciones de mapas que vió en Portugal, y entre ellos el de Toscanelli, que con otros llevó Colon seguramente consigo.

Envuelto en estos errores, era muy natural que Colon no pensara mas que presentarse y conocer cuanto antes al Kahan ó emperador. Con este objeto envió ya en 2 de noviembre dos españoles á tierra: Rodrigo de Jerez y el docto judío Luis de Torres, que sabía el hebreo, el caldeo y un poco de árabe. Con ellos envió dos indios que tenía á bordo para explorar juntos el país, entregar al soberano las cartas del rey de España, é informarse en el camino de las especias, á cuyo fin se les dieron muestras de muchas clases á fin de hacerse comprender; y en lugar de dinero para pagar su gasto

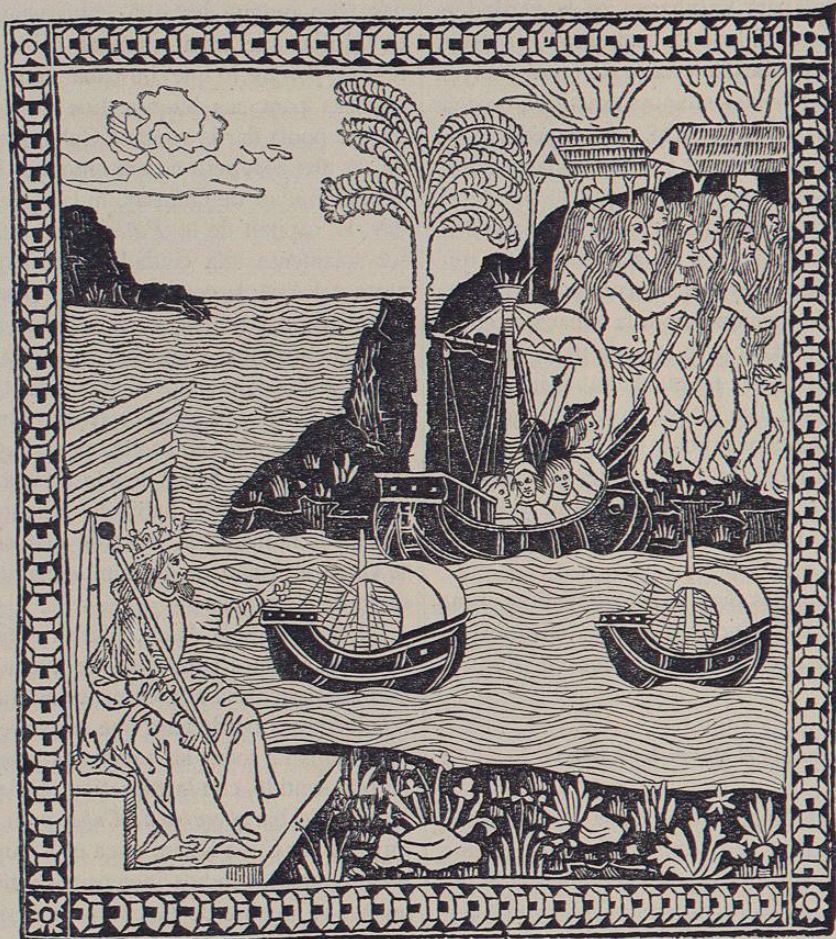
material se les proveyó de sartas de abalorios y cuentas de vidrio.

Al cuarto día regresaron diciendo que habían penetrado unas 12 leguas en el interior hasta un pueblo de 50 casas y unos 1,000 habitantes que los habían recibido con mucha solemnidad y alojado según la costumbre del país en las mejores casas. Los indios les habían besado manos y pies por considerarlos mensajeros del cielo, los notables de la aldea los llevaron en brazos al edificio principal donde los hicieron sentar, y después vinieron las mujeres á ha-

cerles los mismos acatamientos que los hombres. Al preguntarles por especias indicaron la dirección Sur como punto de producción. En el camino vieron los comisionados españoles por primera vez fumar, y los indios llamaban tabaco no la planta, sino la hoja arrollada en forma de cigarro. A esta relación añadió en la suya el almirante la esperanza de que Sus Altezas los reyes de España enviarían pronto eclesiásticos para convertir tantos pueblos á la religión verdadera.

El 12 de noviembre levantó otra vez anclas para continuar

La lettera dell'isole che ha trouato nouamente il Re di Spagna.



Facsimile de un grabado que figura en el título de un folleto italiano impreso en Florencia en el año 1493. Representa el desembarco de Cristóbal Colon en América

sus descubrimientos, y con viento favorable siguió á lo largo de la costa Norte en dirección Noroeste, hablando en todas sus notas de riquezas de oro, perlas y especias, y de su esperanza de llegar pronto á las grandes ciudades del emperador mogol; pero á medida que vio que la costa iba siguiendo siempre la dirección indicada, temió llegar á la región del invierno, porque según la observación y el cálculo erróneo que hizo allí y que indicamos ya en otra parte, creyó haber llegado á los 42° de latitud Norte, es decir, á la latitud del Norte de España, mientras solo estaba á 21°; y como los indios que llevaba á bordo le indicaron repetidas veces una isla llamada Babeque como especialmente rica en oro y situada mucho más al Este, hizo virar de bordo y tomar este rumbo. El 13 de noviembre había llegado ya á 95° y medio al Este del meridiano de Madrid; pero según su cálculo propio había encontrado el 2 de noviembre, cuando envió á la comisión exploradora al interior del país, á 1142 leguas al Oeste de la isla de Hierro. Una legua es igual á

cuatro leguas marinas italianas según Pedro Mártir; y si se cuenta en la latitud de las Canarias cada grado á 50 leguas marítimas italianas, resultaban según el cálculo de Colon 91° de distancia hasta la isla de Hierro desde el punto donde él estaba, siendo en realidad solo 60°; pero según el mapa de Behaim y probablemente el de Toscanelli, estaba Colon á la distancia calculada por él mismo, entre el Japon y la costa de Asia, en la región de las innumerables islas.

Así es que al día siguiente de haber virado de bordo, y haber tomado el rumbo Este, es decir, el 14 de noviembre, creyó hallarse en la proximidad del citado archipiélago fantástico del Asia. Esta ilusión dominaba completamente á Colon, teniéndole como dentro de un círculo mágico que jamás supo romper. Mucho después creía todavía que la tierra tenía menos circunferencia que la indicada por los cosmógrafos fundados en la autoridad de los autores antiguos; porque según su cálculo propio no se halló tan distante de las Canarias como los mapas indicaban.

Luchando con vientos contrarios retrocedió Colon á lo largo de la costa Norte de Cuba para dirigirse al Este. El 21 de noviembre al llegar al extremo oriental de la isla de Cuba tuvo que abandonar la costa para seguir su rumbo al Este; y hallándose ya á la mitad de camino de la isla Isabela de las Leucadas, Martín Alonso Pinzón aprovechó la noche para evadirse con la *Pinta*, separándose de sus compañeros para ir á descubrir por su cuenta la isla aurífera de Babeque. El

almirante determinó entonces retroceder otra vez á Cuba, donde extasiado de las bellezas de aquella parte de la isla escribió el 27 de noviembre que no bastaban mil testigos oculares para ensalzar tanta magnificencia, ni su mano era capaz de describir las maravillas que le rodeaban, diciendo que en este clima suave y admirable enteramente distinto del de la costa de Guinea no tenía un solo hombre enfermo, gozando todos de perfecta salud: pero añade: «los reyes de

Epistola Christofori Colom: cui etas nostra multa debet: de Insulis Indiæ supra Gangem nuper inuentis. Ad quas perquisitas octauo antea mense auspicio et pre inuictissimi Fernandi Hispaniarum Regis missus fuerat: ad Magnificum dñm Raphaelem Sancti: eiusdem serenissimi Regis Tesaurarium missas quam nobilis ac litteratus vir Aliander de Cosco ab Hispano ideomate in latinum conuertit: tertio kalis Maij. M. cccc. xcij. Pontificatus Alexandri Sexti Anno Primo.

Quoniam susceptæ prouintię rem perfectam me cõsecutum fuisse gratum tibi fore scio: has constitui exarare: que te uniuscuiusq; rei in hoc nostro itinere gestę inuentęq; admoncant: Tricesimotertio die postq; Cadibus discessi in mare Indicũ perueni: ubi plurimas insulas innumeris habitatas botminibus repperi: quarum omnium pro foelicissimo Rege nostro preçonio celebrato et vexillis extensis contradicente nemine possessionem accepi: primęq; earum diui Saluatoris nomen imposui: cuius fretus auxilio tam ad hanc: q; ad ceteras alias peruenimus. Eam hõ Indi Guanabanin vocant. Aliarum etiã vnã quanc; nouo nomine nuncupauit. Quippe aliã insulam Sanctę Marię Conceptionis. aliam Fernandinã. aliam Dylabellã. aliam Johanã. et sic de reliquis appellari iussi. Quãprimũ in eam insulam quã dudum Johanã vocari dixi appulimus: iuxta eius litus occidentem versus aliquantulum processi: tamq; eam magnã nullo reperto fine inueni: vt non insulam: sed continentem Chatai prouinciã esse crediderim: nulla tñ videns oppida municipiaue in maritimis sita confinib; preter aliquos vicos et predia rustica: cum quor; incolis loqui nequibam. quare simul ac nos videbant surripiebant fugam. Progrediebar vitra: existimans aliquã me urbem villasue inuenturum. Deniq; vidẽs q; longe admodum progressis nihil noui emergebat: et bmoĩ viã nos ad Septentrionem deferebat: q; ipse fugere exoptabã: terra etenim regnabat bruma: ad Austrumq; erat in voto cõtendere:

Copia del primer folleto que publicó el descubrimiento de América. El original impreso en Roma en 29 de Abril de 1493, se halla en el Museo Británico de Lóndres

España no deberían permitir á nadie que no fuese buen católico pisar este paraíso; porque este ha sido el objeto de los descubrimientos que he hecho por órden de SS. AA. y que se han emprendido únicamente para propagar y ensalzar la fe cristiana.»

El 5 de diciembre pasó del extremo oriental de Cuba, es decir, del cabo Mais, que llamó Alfa y Omega, porque lo creyó el extremo de Asia, á Haití, llegando al día siguiente al extremo Noroeste de esta isla que llamó Española por su semejanza con el Mediodía de España (1). Le pareció aun más magnífica que Cuba, y escribió en su diario: «Sus mon-

tañas y llanuras, sus praderas, son tan hermosas y exuberantes, que podrian cultivarse allí todos los frutos, criarse toda clase de ganados y fundarse ciudades y aldeas. La costa abunda en puertos, y la multitud y magnitud de rios que en su mayor parte arrastran arenas auríferas, no tienen igual.» Ocho días después creyó hallarse muy cerca de la comarca cuyo suelo encerraba las mayores riquezas, y manifestó la esperanza de que Dios pronto le llevaria á los campos auríferos más ricos. Este deseo era tan vivo que fué su oración y suspiro diario, como por ejemplo: «¡Ojalá que el Señor me hiciese encontrar en su misericordia las minas de oro!»

Los últimos días habían sido muy tempestuosos y Colon hacia dos días no había cerrado los ojos. Cuando finalmente el 24 de diciembre se hubo calmado el mar, Colon rendido

(1) Haiti dicitur asperitas eorum vetere lingua. Pedro Mártir, Decada III, lib. 7, p. 279.